

Desconexión

S. M. Villa



DESCONEXIÓN

Capítulo 1

El paladín se detuvo derrapando sobre la nieve. Enlazó el desplazamiento con un veloz giro para desenvainar su espada justo a tiempo de ver a sus compañeros pasar corriendo junto a él.

—¡Seguid corriendo! —ordenó Shikari.

Mara le dedicó una rápida mirada al líder del clan Scamper y murmuró unas palabras inclinando la cabeza sobre su cetro de plata antes de precipitarse de nuevo por el bosque dejando al paladín bañado por un halo verde.

Emerald Zephyr. Regeneración.

Reset y Sharogast la seguían de cerca. Al pasar junto a Shikari no dijeron nada, sus habilidades no servirían de ayuda a su amigo y este jamás les perdonaría que dejaran sola a la sanadora. Mourning sí tuvo que detenerse unos segundos junto a su capitán para llevar a cabo el hechizo. Pronunció las palabras exactas, miró la extraña figura que avanzaba lentamente por el camino que habían recorrido y se precipitó detrás de sus otros dos compañeros.

Bravely Boost. All stats max.

Unas flechas brillantes rodearon un segundo a Shikari ascendiendo a su alrededor. El paladín miró atrás, sus compañeros ya estaban lejos. Aferró con fuerza su espada Babilonia, de filo azulado y empuñadura decorada con alas doradas y devolvió la atención a su rival. Frente a él, arrastrando los pies por la nieve, una alta armadura plateada de caminar indolente se acercaba decidida a acabar con ellos. Sin gesto alguno hizo aparecer de la nada un enorme escudo en su mano izquierda. El escudo Dragstar Veil, la defensa perfecta. Sabía que lo necesitaría contra aquel ser. No existía mejor escudo en toda Arkadia como aquel que él había logrado con tanto esfuerzo. Grande y ostentoso, con la marca de un sol dorado sobre un fondo azul, pero cómodo y liviano. Hasta cierto punto. No todos podían manejarlo, incluso él había tenido dificultades en más de una ocasión pero no ahora. La magia de Mourning ya estaba actuando, lo notaba, y sabía que tenía un tiempo limitado para aprovechar todas sus facultades llevadas al máximo nivel. La mejor versión del mejor jugador.

—Treinta segundos —murmuró.

Como un rayo se lanzó a la carrera, en un abrir y cerrar de ojos se encontraba a tan solo un metro de su enemigo. Él mismo se sorprendió de

la velocidad alcanzada, sin duda era un gran hechizo, pero no tuvo tiempo para recrearse en sus nuevas cualidades, un enorme puño descendía velozmente sobre su cabeza. Dio un paso a la derecha y esquivó el golpe sin problemas. Continuó su ataque. Saltó más de lo esperado, recitó unas palabras que hicieron brillar la espada y descargó un potente golpe sobre la hombrera de su oponente que saltó por los aires hecha pedazos. La armadura se tambaleó levemente mientras él aterrizaba a su espalda. Volvió a la carga y golpeó cerca del tobillo derecho. Sin darle tiempo para reaccionar, atacó la otra pierna haciendo caer de rodillas a aquella armadura con vida. Shikari se apartó unos metros, murmuró algo y con una potente llamarada la espada se prendió de un lúgubre fuego verde que parecía absorber la luz creando un halo oscuro a su alrededor. La hoja ardiente impactó en la espalda con un estallido e hizo caer hacia adelante a la armadura que tuvo que apoyarse con ambos brazos para evitar besar el suelo. El guerrero tomó aire, todavía le quedaban unos segundos. Se situó sin perder tiempo frente a su rival, su espada y escudo se desvanecieron y un instante después una oscura y larga espada ancha apareció frente a él en el aire. La agarró con ambas manos y se lanzó como una exhalación para dar el golpe definitivo. Saltó unos metros antes de llegar, y una vez en el aire, alzó la espada gritando con furia. Sabía que era un movimiento temerario, quedaba al alcance de cualquier ataque, pero era necesario para efectuar la técnica.

—¡Golpe Santo! —gritó, y la gran espada relució un instante con fuerza.

La armadura alzó la cabeza justo en el momento en que la hoja de la espada descendía violentamente sobre ella. Primero un crujido, e inmediatamente después un estruendo. La nieve inundó la escena y durante unos segundos todo era blanco. A una distancia prudente del cadáver de su enemigo, Shikari hizo desaparecer la gran espada para liberar a sus brazos de todo aquel peso, el efecto del hechizo había terminado y ahora notaba el esfuerzo. Respiraba con dificultad, las rodillas le fallaban y tenía serias dudas de que pudiera volver a empuñar un arma en mucho tiempo. Pensó en sentarse pero renunció enseguida a tomarse un respiro, pronto llegarían los refuerzos. Más armaduras como aquella, más rivales temibles, seguramente incluso más poderosos que el recién derrotado.

No había dado dos pasos para reunirse con sus compañeros cuando un leve chasquido hizo que se volviera. Un sudor frío le recorrió la espalda al ver la armadura arrastrarse hacia él lentamente, retorciéndose en el suelo de forma antinatural. Se contorsionaba agonizante, sus extremidades se doblaban en ángulos imposibles y por articulaciones inexistentes. Aquellos brazos y piernas descontrolados descargaban golpes al aire, aporreaban el suelo y se alargaban hacia adelante queriendo asir a su enemigo. Seguía pareciendo una armadura, pero había perdido todas sus características, no

había signo alguno de la rigidez mostrada anteriormente.

El alboroto terminó de pronto. La bestia se detuvo y con un rápido salto se colocó a cuatro patas cerca de donde había recibido su último golpe. Shikari no daba crédito a lo que veía, jamás había oído hablar de algo así. Un ligero chirrido y un susurro llamaron su atención sobre un punto en concreto del ser. La criatura no tenía cabeza, pero donde momentos antes se encontraba el yelmo, ahora asomaba una masa negra que se alargaba inclinándose hacia delante intentando dotar al cuerpo de algo parecido a un rostro. Aquella cabeza no tenía ningún signo humano excepto una sádica sonrisa de labios rojos y enormes dientes blancos pintada sobre la oscuridad. La extraña masa negra se alargó varios metros sin desprenderse del cuerpo lanzándose hacia Shikari. Dragstar Veil apareció en su mano justo a tiempo para detener el golpe pero la potencia del ataque lo arrastró varios metros. Una punzada de dolor le recorrió el brazo y fue incapaz de sostener el escudo un segundo más, se agarró la muñeca intentando contener el dolor y una gigantesca sombra oscureció el día. Sólo tuvo tiempo de ver la siniestra sonrisa de su enemigo antes de que una gran mano le agarrara la cabeza.

—Escudo total —llegó a decir levemente antes que, con un brutal movimiento, la bestia lo estampara contra el suelo.

La criatura observó el cuerpo inerte del guerrero un instante y se volvió hacia el bosque. Su sonrisa se amplió satisfecha. No podía ver al resto pero no lo necesitaba. Un segundo después ya no estaba allí.

Mara cayó de espaldas dolorida al chocar contra algo. Se llevó las manos a la cara y maldijo, estaba nerviosa pero no había mirado atrás en ningún momento, no se había estrellado contra un árbol. Levantó la vista y su cuerpo se congeló ante la visión de algo horrendo que la observaba desde la más profunda oscuridad y sonreía siniestramente.

Como una sombra, Sharogast saltó por encima de ella gritando uno de sus conjuros. En una mano su espada negra Skinheim, en la otra el bastón Dominio de la Primera Tumba. No llegó a alcanzar su objetivo, ni terminó el hechizo. La bestia le sorprendió descargando un fuerte golpe con el dorso de la mano y el nigromante salió despedido impactando contra un robusto árbol que detuvo el vuelo. Mara reaccionó y echó a correr hacia su amigo. El monstruo dio un paso para seguirla pero una tormenta de flechas de luz lo retuvo. A unos metros, Reset aferraba con fuerza el arco de guerra Stromkarl con una nueva flecha de luz preparada para atravesar el pecho de su enemigo. La bestia se volvió hacia él y la flecha hizo impacto. No pareció notarlo y tres flechas más se clavaron en su

cuerpo. El arquero miró de reojo a sus compañeros, Mara ya estaba curando al nigromante, y cargó una nueva flecha. Esta vez la sostuvo en tensión durante unos segundos para acumular energía y la flecha fue creciendo en tamaño, irradiando una cegadora luz blanca acompañada de portentosos rayos que impactaban a su alrededor: Zeusderbolt. El monstruo extendió los brazos a ambos lados, echó la cabeza hacia atrás y aulló con fuerza. Un coro de voces estridentes gobernó el bosque, y las flechas de su cuerpo se evaporaron. Mourning llegó junto a su amigo y preparó su violín Stirling, pellizcó las cuerdas listo para el combate.

—¿Qué coño es eso, Reset?

—Me da absolutamente lo mismo.

El brazo izquierdo de la criatura quedó amputado por la flecha, el arquero había aprovechado el hombro desprotegido, el punto perfecto para atacar. El miembro cercenado se estrelló contra el suelo sin dejar de agitarse. El engendro no pareció inmutarse, miró a Reset y le mostró los dientes con una enorme sonrisa. Una débil luz nació en la oscuridad de aquel rostro, donde debían estar los ojos, y sin progresión alguna un destello, casi una explosión, cegó al arquero. Solo fue un segundo, menos que eso, y Reset se desintegró al instante. Mourning cayó de espaldas, temblando. Acababa de ver a su compañero desaparecer, convertirse en un fino polvo con una descarga. No quedaba nada de él.

La bestia avanzó hacia el bardo. Intentando dominar sus piernas para lograr ponerse en pie, deslizó el arco por Stirling y el violín vibró como un aullido.

—¡Yomigaetta Wolf!

Cinco aullidos. Cinco tintineos. Cinco lobos blancos se materializaron, tomando forma en el aire lentamente, entre Mourning y la criatura. Llevaban pesadas armaduras, resplandecientes bajo el sol de la tarde. No era su hechizo más poderoso, pero sí el que mejor conocía y que tantos buenos resultados le había dado. Por un momento había considerado activar la habilidad especial de su arpa Orpheus, invocando al espíritu Surotinga encerrado en la lira, pero hubiera necesitado más tiempo para ejecutar la melodía requerida para hacerlo y le habría dejado indefenso al consumir prácticamente todo su poder mágico. Por eso había confiado en sus lobos. Surotinga era su criatura más fuerte, pero prefería jugar con ventaja numérica antes que mostrar su mejor carta y así le daría tiempo a preparar la invocación. En el peor de los casos, si aquel extraño ser derrotaba a los Yomigaetta, él ya habría aprovechado para interpretar la melodía.

O eso esperaba.

Orpheus apareció en su mano al instante. Veintisiete notas, cinco palabras. Snowfall, el Réquiem de Orpheus. Sus lobos atacaron y él comenzó a tocar. Fa, do, sol, la...

Dejó caer el instrumento en la cuarta nota llevado por el pánico, los Yomigaetta ya no estaban allí. La misma luz de antes, la misma sensación, un instante y los cinco animales se desvanecieron. No habían logrado llegar hasta su enemigo. Saltaron sobre él, pero antes de poder hincar un solo diente en aquella figura inhumana fueron aniquilados. Aniquilados sin ningún tipo de esfuerzo, como Reset. Bloqueados, pensó Mourning. ¿Borrados? No se volvió para mirar, no podía apartar la vista de su adversario, pero se acordó de Shikari. ¿Le habría pasado a él lo mismo?, ¿había sido borrado Reset? ¿Qué significaba exactamente aquello?

Un pequeño destello en la masa negra. No pudo gritar, aunque ansiaba hacerlo, su mente se encontraba llena de imágenes de él mismo siendo desintegrado por aquella criatura. ¿Por qué se sentía así? No debería de tener miedo, no iba a morir, pero su compañero y los lobos habían desaparecido de una forma que jamás había visto y algo le decía que era para siempre. Entonces, el destello se convirtió en fulgor.

No iba a morir, ¿verdad?

Sharogast llegó avanzando a duras penas por la nieve. Miró a su alrededor, buscando a sus compañeros, pero no había nadie. Solo aquella bestia, que ya apuntaba hacia él. Mara se escondía tras un árbol cerca del nigromante, todavía necesitaba de sus hechizos de curación, sobretodo si quería hacerle frente a aquel monstruo. Confiaba en vencerle, Mara y él formaban buen equipo. Trabajar con una sanadora le concedía un poder de ataque devastador, casi ilimitado, y él no iba a reservar nada para el siguiente asalto.

El guerrero de la armadura de huesos alzó su bastón y sus ojos se inundaron de una neblina oscura. Una atmósfera verdosa impregnó toda su piel, su cabello, su vestimenta; un aura que oscilaba. Un círculo de color negro repleto de símbolos solo conocidos por los súbditos de la muerte y las artes oscuras apareció en la blanca nieve. Luz violeta emanaba de cada línea, de cada emblema y letra. Sin mover los labios, extrañas palabras parecieron surgir de la profundidad del infierno a través de la garganta del nigromante, voces inhumanas susurrando desde el más allá. El círculo mágico apareció también bajo la criatura pero no mostró interés alguno.

—¡Jaldab Oath! —gritó Sharogast poseído.

Dos gigantescas manos negras surgieron de tierra, del interior de los círculos, agarrando a sus presas con fuerza. Los puños se cerraron sobre Sharogast y la criatura mientras despedían llamaradas en todas direcciones. Incontables estacas de hierro negro llenaron las palmas de ambas manos acuchillando todo en su interior. El nigromante aulló de dolor, la bestia también, pero solo era el principio.

—¡Mara! —dijo con esfuerzo—. ¡Prepárate!

La curandera rezó. No era ningún hechizo, simplemente rezaba, rezaba en busca de la salvación. Jamás había tenido tanto miedo, y menos en Arkadia.

Regeneración. Cura total.

Sharogast aún sostenía el bastón entre sus manos y habló en voz baja con alguien que no se encontraba allí, le dio permiso para comenzar. Las agujas que mordían su cuerpo comenzaron a girar velozmente, la sangre salía a chorros, el suelo quedó pintado de rojo en segundos por la catarata. De las heridas emanaba una luz azul, que se retorcía como si de humo se tratara, y pronto el puño se convirtió en una nube de un siniestro fuego añil que se agitaba y se deshacía con la brisa.

Cura total.

La bestia sufría la misma tortura, pero su sangre era negra. Un líquido espeso que se derramaba en cantidad, manchando una nieve que se derretía al contacto.

El proceso se prolongó durante casi un minuto en el cual Sharogast pareció desfallecer en varias ocasiones pero volvía a recuperar fuerzas una y otra vez gracias al hechizo de Mara. Esa era la táctica y a pesar de no haberla usado nunca antes de forma tan extrema junto al Jaldab Oath sabía que era la única manera de salir victorioso en esta ocasión. Muerte por vida, el poder del Dios Demonio a cambio de la propia salud. No era fácil, requería una gran destreza para realizar el conjuro y se necesitaba un contrato para ello. Sharogast era conocido como el único en Arkadia que había logrado el favor de Jaldab, y muchos creían que no valía la pena arriesgarse a tanto; por el periplo para obtener tal poder, una peligrosa aventura al alcance de muy pocos, como por la dificultad y riesgo de su utilización. Pero también sentían envidia al saber que jamás podrían aspirar a lograr semejante fuerza, Sharogast siempre sería el mejor nigromante mientras nadie más se atreviera a hacerse con el Jaldab Oath.

Cura total.

El nigromante estaba a punto de alcanzar su límite a pesar de recibir la ayuda de la curandera, la técnica exigía un desgaste físico y mental inhumano y superaba cualquier preparación o entrenamiento realizado para hacer frente al deterioro sufrido. La sangre, que emanaba de incontables orificios por todo su cuerpo, impedía la visión de Sharogast fluyendo de las heridas de su frente. Los taladros negros no cesaban en su tortura, pero todavía oía a la criatura rugir de dolor. Un poco más, un último esfuerzo.

Cura total.

Un fuerte pinchazo en el pecho sacudió los ánimos de Sharogast. No le quedaba tiempo, la última cura total no había funcionado igual de bien, era el momento. Si lo alargaba más podía significar su fin. Y el de todos.

—¡Sino Inferno!

Las manos gigantes estallaron en una nube negra. El nigromante cayó al suelo como un pesado muñeco, moribundo. Mara corrió hasta él y comenzó a curarle de nuevo pero Sharogast la agarró del brazo y la empujó.

—¡Vete, idiota! —gritó. No era una orden, era una súplica.

Y se convirtió en nada, como todos los demás.